

Otro *esplendor*, aunque éste sin brillo. Pero de todos modos son demasiados esplendores para un solo soneto.

De la malhadada composición laudatoria á Garibaldi, al cojo sacrilego de Aspromonte, no quiero hablar, porque aunque tiene ripios bastantes, todavía tiene más de impiedades que de ripios.

Únicamente consignaré el penúltimo cuarteto, que contiene una noticia casi interesante.

«Sirva á los pueblos libres de amuleto
Tu nombre, que la historia diviniza,
Y el mundo mire siempre con respeto
El ánfora que guarda tu ceniza.»

Por la cuenta, el vate cree que Garibaldi se conserva en un cántaro.

Vamos, que al morir se metió dentro de la propia alma.

Los demás cuartetos no son menos prosáicos que ese ni mejores. Mas para cantar á Garibaldi son buenos de sobra.

Dios le perdone al Sr. Peza.

IX

En el segundo montón de RIPIOS ULTRAMARINOS, están los de un soneto que encontré en la famosa revista *Cuartillas*, con la firma de *Justo A. Facio*.

Mas como este *poeta*, llamémosle así, lejos de arrepentirse y prometer la enmienda, se creció al castigo y publicó en seguida todos *sus versos* en un libro lujoso y lleno de pretensiones, paréceme conveniente y casi necesario darle otro rifi-rafe.

En compensación de los estrepitosos bombos que le han dado por allá sus amigos.

Aunque también ha habido quien le ha zurrado la badana.

Como prueba de la clase de *poetas* á que pertenece el Sr. Facio y de la manera como trabaja y rellena sus versos, contaré una observación que acabo de hacer en estos días.

En el tomo I de *La Lira costa-ricense*, de que ustedes ya tienen noticia, impreso

en 1890, insertó el coleccionador doce ó trece composiciones de Facio, diciendo que aunque éste había nacido en Santiago de Veragua, habiendo vivido desde niño en Costa-Rica, como costa-riqueño debía ser considerado.

Entre aquella docena de composiciones de Facio, hay una elegía á la memoria de su padre, escrita en estrofas de cuatro versos, dos endecasílabos y dos heptasílabos, alternados; vamos, en el mismo metro de la elegía de Espronceda *A la patria*.

Hasta aquí la cosa no tiene nada de particular, porque las combinaciones métricas no son en rigor propiedad de nadie, y el poeta, ó el Facio, aunque no sea poeta, puede elegir para sus entretenimientos la que se le antoje.

Lo particular es que algunos años más tarde ha hecho el mismo Facio, según he indicado, una edición lujosa de sus trabajos, con el título de *Mis versos*, aprovechando sin duda la ocasión de haber sido nombrado Director de la «Imprenta Nacional» de Costa-Rica, y como diciendo: aquí que no peco, es decir, aquí que no gasto; y en esa edición aparece aquella misma elegía, escrita ya en metro algo diferente, pues las estrofas de cuatro versos tienen tres endecasílabos y un solo heptasílabo.

Para lo cual ha tenido Facio la pacien-

cia ultra-benedictina de ir rellenando el cuarto verso de cada estrofa, á la manera como rellenan los telegramas en las redacciones de nuestros periódicos *de gran circulación* (1), metiendo en cada cuarto ver-

(1) De esta farsa de rellenar y alargar los telegramas nos ha dado hace poco *El Heraldo* una prueba evidente y muy graciosa.

En la pasada Semana Santa hubo de recibir este periódico de su corresponsal de Burgos un telegrama sencillez, de los de á dos reales, diciéndole:

Burgos, 3.—Templos visitados. Catedral ofició Arzobispo, asistiendo autoridades. Procesión solemnísimas. *Miserere* Eslava.—*Corresponsal*.

Pero el redactor encargado de la tarea diaria de rellenar, queriendo convertir este telegramilla de media peseta en un telegramazo de media columna, comenzó á escribir, verbigracia:

«Burgos, 3.—Todos los templos fueron ayer muy visitados: en la Catedral se celebraron con gran pompa y solemnidad los Divinos Oficios, en los cuales ofició de pontifical el Arzobispo señor *Cascajares...*»

Claro. Por meter cascajo en el telegrama, metió al Sr. Cascajares, trasladándole de Valladolid á Burgos y despojando de la mitra de Burgos al P. Aguirre.

Ya se ve que es evidente la prueba del relleno, porque ningún burgalés podía telegrafiar llamando Cascajares al Arzobispo de Burgos.

A estos extremos de ridiculez conduce el afán de hincharse como los pavos reales.

so el ripio necesario para hacerle pasar de heptasílabo á endecasílabo.

Véanse las muestras.

Estrofa primitiva:

«Ya en el *blando* regazo de la tierra
Tu cabeza reposa,
Y se rompen los dardos de la guerra
En torno de tu losa.»

Estrofa reformada:

«Ya en el *blando* regazo de la tierra
Tu cabeza reposa,
En tanto que los dardos de la guerra
Se rompen *sin estrépito* en tu losa.»

Bueno: sin estrépito será; pero no sin ripio.

Segunda estrofa.

En la primera edición:

«Descansas de miserias y de males,
Sin que *al vagar* el hombre
Escuche en sus revueltas saturnales
El eco de tu nombre.»

En la segunda edición:

«Descansas de miserias y de males,
Sin que *jamás* el hombre

Escuche en sus revueltas saturnales

El eco *ni siquiera* de tu nombre.»

¡Ahí está! Con añadir un ripio en forma de *ni siquiera*, ó un *sin estrépito*, crecen los cuartos versos y quedan las estrofas que no parecen las mismas.

Y todavía en las dos copiadas se hace tal cual variación en alguno de los otros versos: en la primera se pone un *en tanto* en el tercero para bajar el *se rompen* al cuarto, suprimiendo el *en torno*. En la segunda se cambia un *al vagar* por un *jamás* en el segundo verso.

Pero hay otras muchas estrofas en las cuales no se introduce más variación que el relleno del cuarto verso para que pase de heptasílabo á endecasílabo.

Sirva de ejemplo la siguiente.

Sistema Berdan primitivo:

«No importa que tus timbres alcanzarás
En ignorado juicio,
Y que no tenga conocidas aras
Tu oscuro sacrificio.»

Sistema Berdan reformado:

«No importa que tus timbres alcanzaras
En ignorado juicio,
Y que no tenga conocidas aras
Tu oscuro *cuanto noble* sacrificio.»

Otro ejemplo.
De primera intención:

«Que no pudo rendirte ni veherte
Del mundo la fiereza,
Y sólo bajo el peso de la muerte
Se dobló tu cabeza.»

La misma estrofa retocada:

«Que no pudo rendirte ni vencerte
Del mundo la fiereza,
Y sólo bajo el peso de la muerte
Se dobló *resignada* tu cabeza.»

Otro calabacín vacío:

«Ella piedad de tu miseria tuvo,
Y en la mortal porfía,
Ella *tan sólo* desarmó y contuvo
El brazo que te hería.»

El mismo calabacín relleno:

«Ella piedad de tu miseria tuvo,
Y en la mortal porfía,
Ella *tan sólo* desarmó y contuvo
El brazo *poderoso* que te hería.»

Ya lo ven ustedes. Con añadir *cuanto noble, resignada, poderoso*, en fin, un ri-

pio cualquiera á los muchos que ya suele tener cada estrofa, queda hecha la transformación...

¿Hay en la primera edición un cuarto verso que dice, refiriéndose al alma:

«Se revuelve medrosa?»

Pues se pone:

«Se revuelve *sin fuerzas* y medrosa.»

Y lo mismo podía decir, en lugar de *sin fuerzas*, *con ripios*:

Se revuelve *con ripios* y medrosa.

¿Hay otro cuarto verso que dice:

«Ante la luz del cielo?»

Pues se le cambia la luz en suave claridad y... endecasílabo hecho y derecho:

«Ante la *suave claridad* del cielo.»

¿Hay otro cuarto verso heptasílabo que dice:

«Silencio... ya descansa?»

Pues no hay más que mandar al lector

que se ponga de rodillas y... *endecasilabum te feci.*

«¡De rodillas... silencio, ya descansa!...»

¿Dice otro cuarto verso heptasílabo:

«A los seres que adoro?»

Pues con poco más que llamar *benditos* á esos seres; con eso, y con adorar *en* ellos en lugar de adorarlos, estamos al cabo de la calle:

«A los seres *benditos en* que adoro.»

Hace muy pocas noches leía yo en *El Heraldo de Madrid* un larguísimo telegrama de Cuba, ó *cablegrama* como ha dado en decir ahora la gente *lista*, para significar que aquello viene por *cable*, creyendo sin duda que antes se decía *telegrama* porque la noticia venía por tela...

Me hace mucha gracia esta gente *lista*, que llama desde hace dos años *Marrakés* á la ciudad de Marruecos, y sigue llamando *Marruecos* al imperio, que se llama lo mismo que la ciudad, de la cual ha tomado el nombre. Se conoce que en la embajada aquella famosa iba cada pedazo de... lince, que en cuanto oyeron á los moros pronunciar *Marrakés*, se lo cogieron y...

Hasta el día en que oigan á un francés decir *Marok*, y se lo cogen lo mismo...

Pero iba diciendo que hace muy pocas noches leía yo en *El Heraldo de Madrid* un larguísimo telegrama de Cuba que concluía así, en verso involuntario:

«Ahora reina extraordinaria
Y plausible actividad.»

¡Dios mío! ¿Será verdad?

¿Será verdad, me decía yo, que haya *cableografiado* todo eso Texifonte?

Dicen que cuesta entre España y Cuba tres pesetas y pico cada palabra.

¿Tendrán el dinero en tan poca estima los de *El Heraldo*, que se hayan gastado cinco duros en el ripio, digo, en el gusto de llamar á la actividad de Weyler y de Ochando *extraordinaria y plausible*?

No, no puede ser: eso no es telegrama; eso es una superchería... cursi, como todas las estratagemas encaminadas á aparentar más de lo justo.

Y lo mismo me digo ahora, ante los rellenos de la elegía de Facio.

¿Será verdad que esa poesía ha sido inspirada por el numen dos veces, primero con menos y después con más palabras? ¿Será verdad que el autor de esa elegía ha sentido en dos ocasiones distintas infla-

mársele el corazón en amor filial, y, dominado por el estro poético, ha transformado aquel amor y aquel sentimiento en estrofas, una vez un poco menores y otra vez un poco mayores?...

No; no es verdad nada de eso.

No; la composición del Sr. Facio no es poesía, sino carpintería, fábrica de estrofas atornillando piezas, ó encolando ripios hasta llenar determinadas dimensiones.

La poesía no se hace así, quitando ó añadiendo adjetivos, como se pueden quitar ó añadir palitroques á un taburete. La poesía brota del alma, con su forma propia inenmendable.

Ni eso es poesía, ni Facio es poeta, sino versista ripioso, que es muy distinto.

Bien lo demuestra en las estrofas copiadas, donde aun prescindiendo de los ripios empleados en la reforma de los cuartos versos, ya antes el regazo de la tierra era *blando*, y había lo *de miserias y de males* y lo *de rendirte ni vencerte*, para rellenar, y lo *de el peso de la muerte*, como si la muerte no viniera muchas veces en un soplo de aire bien ligero, y de *el brazo que tería*, que oyéndolo así, sin verlo escrito, no se sabe lo que quiere decir.

Aparte de esta remonta de la elegía, el libro de Facio presenta no pocas novedades.

Ya en la portada, debajo del título *Mis*

versos, lleva nueve subtítulos correspondientes á otras tantas secciones.

¡Y qué subtítulos más presumidos, más raros y más estrambóticos!...

Crespones.—*Bronces.*—*Adelfas.*—*Medallones.*—*Tapices.*—*Sonetos grises.*—*Facetas.*—*Flores de llanto.*—*Torsos...*

¿Comprenden ustedes que el autor que ha puesto estos títulos á secciones de versos, pueda estar bien de la cabeza?...

Porque mientras lo de *bronces* y lo de *medallones*, aplicado á sonetos, revela una presunción ridícula, llamar *tapices* á unos malos romances ó á unas silvas, que merecen otras con distinta ortografía; llamar *sonetos grises* á sonetos que son sencillamente malos, *crespones* á la famosa elegía reformada y á otras cosas por el estilo, y *torsos* á cuatro descripciones pesadas y latorosas, es el colmo de la falta de juicio.

Otra de las novedades del libro de Facio es la de no decir nada absolutamente. He leído versos de poca sustancia; pero estos de Facio no tienen ninguna. Palabras, palabras y más palabras, y si se exprime todo el libro, no suelta una idea.

Así lo ha hecho constar ya un apreciable escritor, el Sr. Pereira Castro, en el periódico semanal de San José, *La prensa libre*:

«El que escribe un libro de prosa ó de versos, dice, siempre se propone algo: en-

señar, deleitar ó conmover. No resulta así con el de Facio. La vista ávida del lector recorre las páginas del libro con la esperanza de encontrar en ellas una nota que revele la convicción de la belleza ó de la amargura; una manifestación de duda ó de creencia sincera; la descripción de un paisaje; el desasosiego causado por algún problema de psicología ó filosofía; *un sursum corda* á alguna realidad, ó una maldición ó protesta contra la injusticia... y nada: el libro es como un desierto sin *simoun* y sin oasis; es una no-entidad en literatura, un bofe de letras, un estercolero de versos sin el rugido de Job, sin las quejas del poeta.»

Así es verdad.

«De lo que más enamorado se muestra el autor, al parecer—añade,—es de la forma griega, de su mármol que diviniza; y aun para esto mismo sus conceptos vagos, indefinidos, están vaciados en una turquesa de alfarero burdo. Canta al bello mármol convertido en plástica hermosura de Venus *victrix* sin la persuasión completa de su amable serenidad, porque no lo conoce, sino por las pinturas y descripciones de los juglares de la literatura.

»Hablando Facio de la corona de luz inmortal que circuye las estatuas, tomando en este sentido la terrena concepción de la hermosura por el genio, y expresada por

los que han estudiado, tocándolos con su lira, los mármoles brillantes á los cuales el arte ha comunicado vida, vida subjetiva, dice:

«Es negra su corona:

Y en relucientes ondas el cabello

Como oscuros anillos aprisiona

Como serpientes de ébano su cuello.»

»Se nos figura una Medusa esta descripción, un tanto parnasiana, del versificador. Si la serpiente es un símbolo de repugnancia, ¿cómo puede colocarlo un pretendiente de poeta sobre la cabeza encantadora de las estatuas que de su frente fluyen luz que ilumina el rostro? Nada habría más horroroso que esta estética que crea un rostro de Hebe con «*torso de Paros*» y cabellera de serpientes.

»Dicen que los poetas nacen. Lo creemos. Pero también hay necesidad de que se eduquen...»

Es claro: sí, señor. Y especialmente cuando tampoco han nacido poetas como al Sr. Facio le sucede.

Y continúa el Sr. Pereira Castro:

«Facio aparece en su libro como un simple rapsodista de la excelencia de los griegos, quienes modelaron el mármol para convertirlo en admiración de la humanidad.

No es una lira la que Facio suena para dar idea del arte helénico: es una mala guitarra de campesino indio, entonando ruidos á los dioses del Olimpo.

»Habla también de su dolor, y sueña, en «*demanda de su existencia*», con ángeles y querubines y cosas mirificas, con *astros de luz taciturna*, y se revela con un sufrimiento estudiado de histerismo místico, que ni protesta desesperado, ni se conforma creyente. Es un espiritualista neutro, en esta sección de su libro, que, en *la selva de su pecado*, tan pronto *rejuvenece* como se vuelve *réprobo triste que lleva en la mente fulgor de cielo*. Toda teoría religiosa presenta á los réprobos de modo contrario, llevando sobre la frente oscuridades de noche.»

Todo esto y mucho más dice con muy buen juicio el escritor citado á propósito del libro *Mis versos*; y entrando luego en detalles, descubre cosas peregrinas.

Le hace mucha gracia á este escritor lo que Facio dice en el primer soneto de su libro:

«Es el eco *medroso* de mi paso
Al vibrar por las bóvedas *escuetas*.»

Y efectivamente la tiene.

Como la tiene también aquello otro de

«El *canto sin rumor* de la plegaria.»

Pero hay otras muchas cosas que tienen gracia en el libro de Facio; vamos, que tienen esa gracia triste de no tener gracia ninguna.

La introducción empieza así:

«Este libro trivial...»

Esto no es poesía, pero verdad sí es. El libro es trivial desde el principio hasta el remate.

«Este libro trivial es una historia
Ingenua, sin ambajes, en pequeño...»

¡Vamos! ¿Les parece á ustedes que esto es poesía?

El segundo *crespón*, titulado *Ella*, empieza de este modo:

«El mundo de tristezas en donde habito
Yo recorro con ansias de vagabundo...»

Es claro: *yo*, porque hacía falta para llenar el verso. Mas para el sentido no hacía el *yo* maldita la falta, después de haber di-

cho *habito*, y habiendo de decir en seguida *recorro*.

Y por otra parte, las tales *ansias de vagabundo* no sé cómo serán; pero es sabido que los vagabundos son de todos los mortales los que tienen menos ansias.

Y si no, venga por acá el Sr. Facio, y pregunte á cualquiera de los que han pasado la vida política vagando de un partido á otro, y se enterará de cuán pocas ansias tienen.

Verán ustedes ahora á qué llama un *bronce* el buen Facio:

«Es audaz, es valiente, y su cabeza
Cual su nidada el águila en la cima,
Para vuelos *intrépidos* sublima
Osados pensamientos de grandeza...»

El que no necesite leerlo más que cinco veces para entenderlo, que haga el favor de avisarme á fin de proponerle para el primer premio que se conceda por descifrar logogrifos.

Otro *bronce*:

«COLÓN

Interroga al misterio *con audacia*;
Dijérase un demente, un temerario...»

¿El mismo se había de decir esas cosas?...

«Le moteja el error de contumacia...
(*Tampoco esto se entiende, por desgracia*).
El desdeña el empeño legendario
(*O desdeña rezar por el breviario,*
El ripio no era más extraordinario)
Y su *grave* mirar de visionario
En la *serena* inmensidad espacia.»

Y siguen los tercetos:

«Habla de un mundo, solicita, increpa:
Quiere en *endeble* y *fementida* nave
(*¿Fementida? ¿Por qué?... Nadie lo sabe.*
¿En endeble?... En.. en.. diablo que le quepa)
Del mar sin playas recorrer la *estepa*.
En medio de la mofa...»

¡Naturalmente! ¿Quién no se ha de mo-
far de eso de llamar *estepa* al mar, sin pla-
yas ó con ellas?

Pero, hombre, si la *estepa* es un arbusto,
y sólo por figura retórica, tomando el con-
tinento por el contenido, se llama *estepa* al
terreno en que ese arbusto se cría.

¡Pero al mar!

«En medio de la mofa y del *amago*.»

¿Del *amago*?... ¿*Amago* de qué?... ¿Usted

creo que el amago es una cosa así como la mofa?

«En medio de la mofa y del *amago*,
Por su fe en el rogar, por lo que sabe,
Es un mendigo que parece un mago.»

¡Para esto era el *amago*!
Esto que sigue diz que es una *adelfa*:

«En dulce perspectiva, que me place.»

Pues claro, hombre. A nadie le amarga un dulce, dice el refrán. De modo que siendo *dulce* la perspectiva, es natural que le plazca á usted... y al consonante, que es á quien principalmente place ese *que me place*.

«En dulce perspectiva, que me place,
Tiende á mis ojos el pasado un velo,
Cual luz crepuscular que se deshace
Sobre un pedazo del azul del cielo...»

Vaya: ¿ven ustedes lo que es una *adelfa*?... ¿Que es lo mismo que un bronce, dicen ustedes?... Eso sí; y lo mismo que un medallón. Aquí todo es lo mismo.

Pero ahí va otro poco de *adelfa*:

«¡Cuántas pobres imágenes *sin brillo*,
Más ornadas de rosas *sin espina*...»

Sin espinas, querrá usted decir, porque una sola rosa tiene muchas; con que siendo muchas las rosas, ¿cómo han de tener una sola espina?

Efectivamente: sin espinas quería decir el vate, pero no pudo, porque tenía que concertar con *adivina*, como verán ustedes:

«Con ansiedad de soñador *sencillo*
Nuestra mente allá lejos *adivina*.»

¿Quieren ustedes ahora saber lo que es un *medallón*?...

Pues un medallón suele ser á veces un disparate; otras veces una porción de ellos.
Verbigracia:

«En tu boca gentil, botón de grana...»

¿Y cómo son las bocas *gentiles*?... ¿Y los botones de grana?... Porque botones de rosa se ven, pero de *grana*...

«En tu boca gentil, botón de grana,
De besos tibios el aroma queda,
Y como *sierpes* tu cabello enreda
Sus negros bucles en tu sien *ufana*.»

¡Pues vaya un elogio! ¡Decirla á una mujer que tiene serpientes en la cabeza en lugar de cabellos!...

Y cuenta que está Facio tan encariñado

con esta imagen estrambótica y fea y desagradable, que la repite varias veces en el libro.

Porque de la barba de Moisés también ha dicho que era

«De perezosas sierpes negra trama.»

Añadiendo al disparate estético de la imagen el disparate zoológico de llamar á las sierpes perezosas.

Y además, en uno de los *torsos*, vuelve á decir:

«En relucientes ondas el cabello
Con oscuros anillos aprisiona
Como serpientes de ébano su cuello...»

Se conoce que Facio lo aprendió en viernes.

Ejemplo de otro final de medallón:

«En tanto que por *ella* fecundada...»

No me pregunten ustedes *quién es ella*, porque no se lo puedo decir. No se ha sabido si es una *fuerza*, ó una *sabia*, ó una *sangre*, pues todas tres cosas quedan atrás.

«En tanto que por ella fecundada
Tu alma de virgen á la par florece,
Como botón de pétalos la aurora.»

Florece á la par... como botón... de pétalos... de aurora...

¡Cualquiera lo entiende!

Otro medalloncito:

«Para ser vencedora en la partida,
Ante la muchedumbre *lisonjera*
Luce—manto imperial—tu cabellera,
Sobre la espalda mórbida tendida.»

Aquí parece como si la niña *medalloneada* se llamara *manto imperial*. Pero no es eso. *Manto imperial* no es el nombre de la dedicataria, sino un falso testimonio entremetido que el vate levanta á la cabellera.

Y sigue:

«Es tu boca *libélula encendida*,
Entre lozanas rosas prisionera...»

Vámonos, vámonos.

¡Miren ustedes que una boca ser una libélula... y encendida... y además prisionera entre rosas... lozanas...

Tapicería.

Verán ustedes un tapiz para muestra:

«Como *daga* que fuera de *torva nieve*,
El hombre tu mirada *siente* y *divisa*,
Y llevas en tus labios, *marchita* y *leve*,
La *adelfa venenosa* de tu sonrisa...»

Malo y disparatado es llamar á una sonrisa adelfa, y adelfa que, además de estar marchita, es *leve* por la necesidad del consonante.

Pero aquello otro de la *daga* de *torva* *nieve*... declaro que es la imagen más estrambótica que he leído en mi vida...

¡Vamos, que una espada de nieve... torval...

Y á esto le llama Facio un *tapiz*...

¿Creerá que tapiz es sinónimo de disparate?...

Allá va otro tapiz de Facio.

Es un deshilvanado romance octosílabo, al que el vate ha llamado primero *tapiz*, y después, entre paréntesis, *anacreónica*.

¡Ah! Y además el romance se titula *El ajenjo*...

¡El ajenjo, el licor de ajenjo un *tapiz*!
Y dice Facio:

«Mirad sus *verdosas* ondas:
En sus *húmedos* reflejos
Brilla la *inmóvil* pupila
De un gato, que *soñoliento*
Como una esfinge, despide
El encanto del misterio...»

!!!
Dicen que dice *Fray Candil* que en mis libros de RIPIOS hay muchos signos orto-

gráficos. Pero en ocasiones como ésta, ¿qué remedio hay más que ponerlos?

Cuando se encuentra uno con una yegua que rumia, me parece que ha de admirarse un poco. Pero cuando se encuentra con un gato que, soñoliento como una esfinge, despide su pupila inmóvil el encanto del misterio, ¿qué va á hacer uno más que admirarse, asustarse, espantarse y no volver de su *apoteosis*?...

Bueno; pues lean ustedes esto que sigue, y á ver qué dicen ustedes luego, ó qué ponen ustedes debajo.

Se habla, como antes, del ajenjo:

«A su vibrante reclamo,
Como conjuro de genios,
En plena lumbre revuela
El ave gentil del verbo,
Cuyas alas me parecen,
A los transportes del vuelo,
Dos auroras engarzadas
En el dorso de un ensueño...»

—¿.....?

—No; no está en un manicomio. Anda por el mundo.